

comentarios

las elecciones de marzo en el salvador

El proceso electoral, que culminó con la votación del 12 de marzo pasado, no logró provocar en la ciudadanía el más mínimo entusiasmo. La indiferencia casi absoluta, reinó durante el período dedicado a la campaña política; la ausencia del electorado fue la característica el día de la votación; el desinterés con respecto a los resultados ha sido la tónica del período post-electoral.

Para explicarse estos hechos —que contrastan con la importancia que se dio a otras elecciones— hay que partir de la enorme frustración que los manipuleos de los procesos anteriores han producido en la ciudadanía.

Las amañadas cancelaciones de las planillas opositoras, las reformas a las leyes para obstaculizar el libre ejercicio del voto, las presiones al momento de votar, las alteraciones de resultados, etc., han caracterizado a las elecciones precedentes, en momentos en que la participación electoral era vista por grandes sectores populares como la mejor forma de iniciar un proceso de solución a sus problemas.

A esa gran esperanza sucedió, naturalmente, la gran decepción; y el significado de todo el proceso electoral se ha reducido al mínimo.

Para los partidos que habían constituido la UNO (PDC, MNR, UDN), las condiciones en que se realizaría la contienda electoral de este año los obligaron a negarse a participar en ella. Para los partidos de oposición el cierre del proceso electoral, como vía de participación política, es consecuencia de los actos del grupo gobernante, que debe asumir toda la

responsabilidad de haber quitado a grandes sectores del pueblo la fe en las vías democráticas para resolver los problemas nacionales. La participación la veían como una coonestación de actividades que a su juicio conducen a inevitables formas represivas de gobierno.

Es ante la negativa de la UNO que surge la idea de legalizar al PPS, a pesar de que por diversas causas, debía ser cancelada su inscripción como partido. Y el papel que jugaría quedó claro cuando los dirigentes justificaban su participación por medio de alabanzas al carácter democrático del régimen. Su gran debilidad fue mostrada a través de la incapacidad de inscribir candidatos. La excusa de “la falta de tiempo”, no hizo sino comprobar que se revivió artificialmente a un cadáver político.

Por su composición, por su carencia de línea política, por la manera en que fue resucitado el PPS no podía ser “la oposición”, no podía ser una real alternativa frente al oficialismo.

El otro partido participante, el PCN, enseñó una vez más su ya tradicional incapacidad de crear adhesión ideológica en los votantes, que pudiera ser base de apoyo popular del gobierno.

Una campaña carente de planteamientos concretos ante los problemas ingentes del país, sin ideas-fuerza capaces de movilizar a las masas, fue la que caracterizó su actividad de propaganda. El lema de “la gente nueva” carecía de contenido político real, al presentar como candidatos a viejos oficialistas que se encontraban en retiro o a tránsfugas de la oposi-

ción, y ese lema jamás se ligó a la promesa de nuevas acciones gubernamentales que enfrentaran los males de nuestra estructura social. Así la campaña fue descolorida con sabor de publicidad comercial; de ella nadie fue capaz de deducir qué se puede esperar de los diputados y alcaldes electos, salvo su adhesión al Poder Ejecutivo, con lo cual no se generó liderazgo alguno sobre las masas. El poco respaldo popular se reflejó en el "gran cierre" de campaña del PCN: un concierto de mariachis al interior del local del Partido en San Salvador.

Los resultados obtenidos en un proceso electoral de esta naturaleza, interesan poco. Las denuncias de fraude, de presiones a los votantes, de alteración de actas, etc., hechas por la mayoría de candidatos del PPS —y que no tuvieron eco en su directiva central— no sirven más que para dar la razón a quienes no creyeron que se llevaría a cabo un proceso electoral libre. El fraude inútil, sin sentido, dada la clase de competencia que se tenía, nos confirma el poco significado de las cifras dadas por el Consejo

Central, cifras que de por sí tienen poca importancia dada la indiferencia ciudadana frente al tipo de disyuntiva que se le presentó.

Lo relevante de este fenómeno es la incapacidad del gobierno para encontrar legitimación en el proceso electoral, única forma que tienen los regímenes democráticos para generar un consenso de respaldo y una aprobación mayoritaria a su derecho a gobernar. El régimen no ha salido fortalecido de la prueba, ni interna ni externamente. La falta de liderazgo ideológico sobre las mayorías se ha agravado, lo que le impide la legitimación interna; la mejoría de su imagen al exterior, tan deseada, tampoco se ve favorecida por unas elecciones como éstas. El paulatino cierre de los canales democráticos —que se inicia en 1970 cuando se comienzan a reducir los límites ya estrechos de la participación política— se ha agudizado. Y el régimen parece empeñado en obtener por el temor (a través de la Ley del Orden Público, por ejemplo) el "derecho" a gobernar que no puede conseguir por el consenso popular.

